

John D. MacDonald

Pesadilla en rosa

Traducción de Mauricio Bach

Primera edición, 2016

Título original: *Nightmare in Pink*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© John D. MacDonald

© de la traducción, Mauricio Bach, 2016

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-87-0

Depósito legal: B.20.827-2016

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Uno

Ella trabajaba en uno de esos edificios de Park Avenue que los turistas se sienten obligados a fotografiar. Un edificio bonito para ir de visita, pero en el que a nadie le gustaría vivir.

Trabajaba en la planta veinte para una de esas fatuas empresas dedicadas a diseñar envases y envoltorios. Llegué a las cinco, tal como habíamos acordado, pedí que me anunciaran y ella salió a la pequeña recepción ataviada con un blusón que mostraba a las claras que realizaba su trabajo en una mesa de dibujo de las de toda la vida.

Nina Gibson. Una niña de cabello encrespado. Había visto una foto de ella con doce años. Ahora, doblada esa edad, había cambiado. Mike llevaba su fotografía en la cartera. La chica que tenía delante lucía un montón de rizos de un negro azabache. Los ojos completamente azules de Mike, una cara pequeña e insolente, piel lechosa. Tenía esa complexión robusta típica de cierto tipo de chicas menudas. Una cintura de palmo y unos turgentes atributos tanto arriba como abajo.

—Tendrá que esperarme un momento —me dijo—. Lo siento.

—Entonces, cuando vuelvas a salir, sonrío y di buenos días.

—¿Debería hacerlo? No es mi estilo, señor McGee.

—Es lo que se llaman buenas maneras, Nina.

—No va a haber mucho de eso —me aseguró, y regresó a las misteriosas profundidades de su oficio. Yo tomé asiento entre populares eslóganes enmarcados. Botellas con un zumo que cuesta tres centavos más un mejunje homogeneizado que vale dos centavos más televisión en horario de máxima audiencia igual a 28 millones de unidades vendidas anualmente a 69 centavos cada una. Este es el motor de la América industrial. Me senté y contemplé a la recepcionista. Estaba habituada a que la mirasen, y le gustaba. También ella venía envuelta. Una (1) recepcionista en edad casadera, con acento inglés, vagamente aristocrática, muy británica. La empresa estaba a la última. Tenían allí sentada a una mujer que parecía envuelta por el viento primaveral que barre los páramos, con su corcel atado en el pasillo.

Apareció Nina —con guantes, bolso, sombrero y un traje otoñal un tanto entallado para su silueta—, acompañada de un hombre de aspecto frágil y anodino, y se detuvo para comentarle:

—Freddie, si le muestras tres, se va a bloquear, y lo sabes, querido. Esa cabecita es capaz de elegir como mucho entre dos opciones, si la mejor está clara. De modo que preséntale solo las propuestas de Tommy y Mary Jane. Son de lejos la mejor y la peor; él elegirá la de Tommy y habremos triunfado.

Freddie se encogió de hombros y volvió a meterse en la oficina. Nina me saludó con un impetuoso movimiento de cabeza, salimos, bajamos en el ascensor con

hilo musical y caminamos manzana y media hasta el silencioso bar de un pequeño hotel, donde los reflejos de las lámparas en forma de prismas brillaban sobre un surtido de caros peinados y afeitados, pieles y hombros cubiertos con trajes a medida, centelleante cristalería y gente encantadora que maniobraba una con otra para arrastrar al interlocutor hacia este o aquel asunto innombrable mediante discretas sonrisas, discretas conversaciones y letales martinis. Encontramos una larga banqueta libre pegada a una discreta pared y Nina se quitó los guantes, se inclinó hacia la luz y pidió un jerez seco.

Me lanzó una mirada burlona y a la defensiva.

—El fabuloso Travis McGee. Fabuloso tiene algo que ver con las fábulas, y yo no necesito ninguna fábula. No, gracias.

—Solo te había visto en una foto muy antigua y no pensaba que serías tan guapa.

—Soy una monada.

Yo no tenía ninguna gana de estar a menos de dos mil kilómetros de esta monada. No tenía ninguna gana de estar en esta ciudad en pleno mes de octubre. Yo lo que deseaba era estar de nuevo a bordo de mi *Busted Flush*, atracado en el amarre F-18, Bahía Mar, Lauderdale, mi casa flotante de dieciséis metros de eslora a la que puedo invitar a bordo a mi tipo favorito de monadas, las frívolas de ojos castaños, entusiastas de los fogones, de cabellos impregnados de sal y traseros con arena adherida, encantadas de abrir botellines de cerveza e ir de pesca, chicas dispuestas a hacerte feliz ataviadas con vestidos descoloridos por el sol, igual que sus melenas. Pero la señorita Nina me miraba con los mismos ojos intensa-

mente azules de su hermano Mike y él nunca me había pedido ningún otro favor.

—Te voy a contar una historia —le dije.

—Oh, por favor, adelante, señor McGee —dijo ella.

—Teníamos pendiente un permiso de treinta y seis horas, y nuestro capitán no estaba por la labor de concedérselo a los dos. Así que Mike y yo nos jugamos el permiso y la paga, y yo gané, cogí el *jeep*, me subí a un avión y me pasé todas esas horas japonesas vestido con una bata de seda, sumergido en humeante agua caliente y sobre un colchón colocado directamente en el lustroso suelo de una habitación con paredes de papel, acompañado por una monada cuyo nombre era incapaz de pronunciar y a la que llamaba Missy. Me frotó el cuerpo, me dio de comer y me amó. Medía poco más de metro y medio y se tapaba la boca cuando se le escapaba una risita. Y lo que hacía todavía más placenteras aquellas horas era pensar en el pobre Mike, que se había tenido que quedar acuartelado. Así que tomé el avión de vuelta, regresé con el jeep y al llegar me dijeron que Mike había muerto. Había fallecido o bien durante la primera cura de emergencia, o bien en el hospital de campaña o bien de camino al hospital general. Nadie estaba seguro. Después me aseguraron que todavía seguía con vida, pero que se moriría. Y ahora es, claro, tal como les gusta decir, el hijo tutelado de una república agradecida, y ni puede ver ni puede caminar, y es todo un acontecimiento el día que lo sacan a tomar el sol durante una hora en una silla de ruedas; pero, gracias a todos estos milagros de la ciencia médica, han logrado mantener a Mike Gibson con vida. Lo relevante de esta historia es la culpabilidad, señorita Nina. Culpabilidad porque me

alegro de que eso le sucediese a Mike y no a mi notable y valioso yo de aquel entonces. No quiero alegrarme por eso, pero lo hago. Y después hay otro tipo de culpabilidad. Lo he visitado de media una vez al año. ¿Voy a verlo para recordar que le sucedió a él en lugar de a mí? ¿Debería ir a verlo más a menudo o no hacerlo jamás? No lo sé. Solo sé una cosa. La enfermera me escribió para decirme que Mike quería verme. Fui allí. Me habló de tu visita. Me pidió que investigara. De modo que, con o sin tu ayuda, señorita Nina, investigaré.

—¡Qué adorable! —dijo ella—. ¡Qué indescriptible gesto de amistad! No debería haber ido corriendo a hablarle de mis inquietudes, señor McGee. Fue algo muy egoísta por mi parte. A él le alteró y a mí no me resultó para nada beneficioso. De todos modos, ¿cómo va a poder él comprobar nada? ¿Por qué no se limita usted a inventarse alguna historia tranquilizadora, va a visitarlo, se la cuenta y después vuelve a su vida de ocio playero, sea lo que sea en lo que consista eso?

—Porque puede que esté mutilado, pero no es idiota.

—Ahora ya es demasiado tarde. Entrometerse no va a ayudar en nada.

—Tal vez haya algunas preguntas para las que los dos deseéis respuestas.

Por un fugaz instante la vulnerabilidad asomó en el rictus de sus labios y en su voz.

—¿Respuestas? ¿Para qué sirven las respuestas? El chico está muerto.

—Puedo husmear un poco.

—¿Usted? Por favor, señor McGee. Es usted espectacu-

larmente fornido, luce un bronceado tan intenso que casi resulta vulgar y emana una especie de correoso y mortecino encanto adolescente. Pero esto no es, ni lo ha sido nunca, un juego para diletantes, para alegres muchachos empeñados en hacer un favor a un viejo amigo. Ningún portento de ojos grises y gran sonrisa de anuncio puede solucionar o subsanar nada figoneando en mi vida. Gracias por el gesto. Pero esto no es la televisión, no necesito un hermano mayor. De modo que ¿por qué no regresa usted a su ocio y sus diversiones?

—Lo haré cuando sea el momento.

—Mi prometido está muerto. Howard Plummer está muerto. —Me lanzó una mirada asesina y golpeó la mesa con su diminuto puño—. Está bajo tierra, muerto. Y resulta que no era como yo creía que era. Y estoy intentando pasar página, olvidar que lo he perdido y olvidar que fui una estúpida. Así que, por favor, no lo remueva todo...

—¿Qué has hecho con el dinero?

Eso la detuvo. Me clavó la mirada.

—¿Qué dinero?

—El dinero del que le empezaste a hablar a Mike.

—Pero no le conté nada. Me callé a tiempo.

—Nina, fue como si se lo contases. Allí postrado, oye todas las palabras que al final no pronuncias. Por eso no puedo volver a visitarlo y tranquilizarlo con un cuento cualquiera. ¿Qué ha pasado con el dinero?

—Eso no es asunto suyo.

—Ahora sí.

—Por favor, señor McGee, intente no ser tan vehementemente. No voy a dejar que me ayude.

—Nina, me he entrometido en tu vida a petición de

Mike. A Plummer lo mataron en agosto. La policía abrió una investigación. Puedo entrar en escena aparatosamente y contarles que Plummer tenía una buena suma de dinero escondida y ahora la tiene su novia, y dejar caer que tal vez haya algún tipo de conexión entre ambas cosas.

— ¡Usted no haría una cosa así!

— ¿Por qué no?

— No hay ninguna conexión. Eso es una estupidez. No haría más que meterme en un lío. Por Dios, mi hermano le ha pedido que venga a ayudarme, no a complícarme la vida. No necesito ninguna ayuda.

— Señorita Nina — dije, mostrando mi sonrisa más seductora —, aclaremos algunas cosas. Llevar una vida de zángano playero cuesta dinero, si uno lo quiere hacer con estilo. Si el dinero entra de manera regular eso significa que uno está trabajando para ganarlo y pierde su estatus. Tengo que conseguir una buena tajada de tanto en tanto para mantener mi estilo de vida. La verdad es que no creo que la vida y milagros de Nina Gibson me hubiera interesado mucho si no le hubieras transmitido a tu hermano la impresión de que tu novio había estado amasando una considerable cantidad de dinero no se sabe cómo. Cuando oí esto se me dispararon las antenitas que llevo en las orejas. Donde hubo algo, puede que haya más. Me gusta acudir al rescate cuando huelo que hay dinero.

Ella revaluó la situación con sorpresa y angustia. Con una mano temblorosa intentó dar un sorbo de un vaso ya vacío. Capté una afable mirada de aprobación y pedí otra ronda.

— ¿Quién es usted en realidad? — susurró.

—Tu amigo y protector, Nina.

Ella trató de reírse.

—Tiene gracia, ¿no? El pobre Mike intenta cuidar de su hermanita y me echa encima a un monstruo desabrido.

—Vamos a tener un montón de conversaciones agradables, hermanita.

Entrecerró esos ojos intensamente azules. Sus pestañas eran muy negras, muy densas y muy largas.

—No deseo mantener ninguna conversación agradable. Sé que hice una estupidez con el dinero. No lo he tocado. No se lo he contado a nadie. Estuve a punto de contárselo a Mike, pero eso es lo más cerca que he estado de contárselo a alguien. —Eché un vistazo a nuestros vecinos de banqueta, bajó la voz y se inclinó ligeramente hacia mí—. McGee, si hubiera pensado por un momento que había algún tipo de relación entre la muerte de Howie y ese dinero, yo misma se lo hubiera contado a la policía. Él, mientras me echaba todos esos sermones sobre su honestidad y su responsabilidad, se dedicaba a robarle al señor Armister, igual que todos los demás. Descubrir ese dinero me ha roto el corazón para siempre, McGee. No lo quiero. No quiero ese tipo de dinero. He pensado en quemarlo. Usted puede ser la solución a mi pequeño problema. Se lo voy a entregar. Puede cogerlo y largarse. Es un montón de dinero. Exactamente diez mil dólares.

—¿Qué te lleva a pensar que lo robó?

—¿No cree que he intentado pensar en todas las demás maneras posibles de obtenerlo? Iba a casarme con él. Lo amaba. Pensaba que lo sabíamos todo el uno del otro. Creía que se comportaba de un modo raro

porque estaba muy preocupado por lo que le estaban haciendo al señor Armister. Pero cuando encontré el dinero, entendí por qué actuaba de ese modo. Se lo voy a dar a usted, señor McGee. Y así puede largarse y dejarme en paz.

Su autocontrol se resquebrajó. Las lágrimas se le acumularon en las pestañas. Rebuscó en su bolso, encontró un pañuelo y se sonó. Me lanzó una mirada desesperada y salió corriendo en dirección al tocador de señoras.

Di un sorbo a la bebida que acababan de traerme y recordé la voz agobiada de Mike en la quietud de la tarde en aquella ala del hospital de veteranos de Carolina del Norte.

—Trav —me dijo—, el problema es que Nina siempre ha tenido amor en su vida. Y tal vez eso sea malo. Le transmite a la gente esa terrible confianza en que el mundo les va a dar la oportunidad de alcanzar la felicidad. Plummer parecía un hombre perfecto. Ella le abrió su corazón completamente. La gente que siempre ha tenido amor tiene una espantosa capacidad para dar. Ahora que él está muerto, ella no es capaz de perdonarle. Eso la está amargando. Trav, puedo correr con todos los gastos si tú...

—Gastos, olvídate.

—¿Realmente era un caradura? Para Nina las cosas siempre son o blanco o negro. Siempre ha sido sincera consigo misma. Si pudieras averiguar la verdad sobre ese tipo... Y después hacerle entender a ella por qué hizo lo que hizo, sea lo que fuera. Si no, me temo que va a arruinar... ese algo especial que siempre ha tenido.

—Ella no va a querer que yo me entrometa en su vida.

—Espábilala si es necesario, Trav. Me preocupa el es-

tado en el que estaba cuando vino a verme. Esa no es Nina. Había en ella tanta amargura. Está empeñada en odiarse a sí misma. Quizá porque cree que se comportó como una pardilla en su relación con Plummer.

—Mike, las chicas más encantadoras acaban seducidas por los peores tipos.

—Si eso fue lo que sucedió, averígualo para tener la certeza. Y piensa qué puedes hacer para ayudarla a superarlo. Pero no le dediques demasiado tiempo a este asunto.

No me había gustado el tono de ese último comentario. Pero cuando le pregunté al respecto, me dijo que sencillamente no quería pedirme que invirtiese demasiado tiempo en atender un favor personal como ese. Cuando salí de su habitación, hablé brevemente con la enfermera que llevaba años cuidándolo, una mujercilla fornida e insulsa. Alzó la vista para mirarme y sus ojos fueron asimilando poco a poco mi pregunta, pero no apartó la mirada. Asintió abruptamente con la cabeza.

—Quieren volver a operarlo. Él les ha preguntado si pueden esperar un poco.

—¿Qué posibilidades tiene?

—Si no lo operan no vivirá mucho más. Y aunque la operación fuera un éxito, quizá tampoco sobreviva mucho más. Pero ha engañado a todo el mundo durante mucho tiempo. Mike es un gran tipo. Todos acudimos a él con nuestros problemas, incluso algunos de los médicos. Pero nunca podemos hacer algo por él. Le envidio, señor McGee, por poder hacerlo. Dicen que era un amargado. Pero eso fue antes de mi llegada aquí. Yo lo adoro. También tengo un marido al que adoro. ¿Entiende lo que intento decir?